

ECUADOR DEBATE 21

Quito, Ecuador, octubre de 1990

PRESENTE Y FUTURO DE LA IZQUIERDA

- José Sánchez Parga
- Adrán Bonilla
- Carlos de la Torres Espinosa
- Wolfgang Schmidt
- Michel Lowy
- Régis Debray

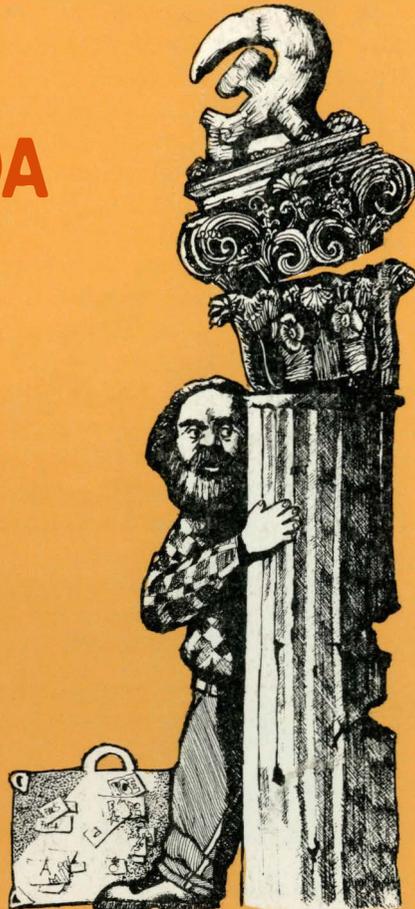
Dos años de
Gobierno
de Borja:

**CORTESANOS
EN PALACIO**

Diego Cornejo Menacho

**LOS LIMITES DEL
CONTINUISMO**

Alberto Acosta



La crisis de Guayaquil y los nuevos populismos
El agro ecuatoriano visto por las Ciencias Sociales

ECUADOR DEBATE

21

Quito, Ecuador, octubre de 1990

BIBLIOTECA

FLACSO
ECUADOR

- POLITICA** Diego Cornejo Menacho.
Dos años de gobierno de Borja:
CORTESANOS EN PALACIO /5
Rafael Guerrero.
**LA CRISIS DE GUAYAQUIL Y LOS NUEVOS
POPULISMOS /16**
- ECONOMIA** Alberto Acosta.
Dos años de gobierno de Borja:
LOS LIMITES DEL CONTINUISMO /23
- TEMA CENTRAL** José Sánchez Parga.
¿ES REFUNDABLE LA IZQUIERDA NACIONAL? /48
Adrián Bonilla.
La izquierda ecuatoriana en los últimos 30 años:
LA DIFICIL TAREA DE REDENCION /52
Carlos de la Torre Espinosa.
La crisis del marxismo:
¿ATRAPADOS SIN SALIDA? /64
Wolfgang Schmidt.
El fin del centralismo económico:
LAS CERTEZAS DERRUMBADAS /75
Michel Löwy.
8 TESIS SOBRE LA CRISIS DEL "SOCIALISMO REAL" /86
Régis Debray
EL FUTURO DE LA IZQUIERDA /90
- ANALISIS** Fredy Rivera V.
**EL AGRO ECUATORIANO VISTO POR LAS CIENCIAS
SOCIALES: 1975-1990 /96**
- CRITICA** José Sánchez Parga.
Lévi Strauss:
ENTRE ETNOCENTRISMO Y RACISMO /107
- RESEÑAS LIBROS /111**

R224 Rev 9826

ECUADOR DEBATE

CONSEJO EDITORIAL: Francisco Rhon Dávila, José Sánchez Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Epinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera.

DIRECTOR: José Sánchez Parga

EDITOR: Diego Cornejo Menacho

ECUADOR DEBATE es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular **CAAP**, que aparece cuatro veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de **ECUADOR DEBATE**.

SUSCRIPCIONES: América Latina US \$16; ejemplar suelto: US \$5. Otros países US \$18; ejemplar suelto US \$6; Ecuador S/. 4.500; ejemplar suelto S/. 1.200.

ECUADOR DEBATE: Apartado aéreo 173-B, Quito, Ecuador. Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total o parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a **ECUADOR DEBATE**.



Centro Andino de
Acción Popular
CAAP
Director ejecutivo:
Francisco Rhon Dávila

La izquierda ecuatoriana en los últimos 30 años

DIFICIL TAREA DE REDENCION

Adrián Bonilla

TEMA CENTRAL

Mientras que Acuario emergía de la profundidad del tiempo y la izquierda producía enormes transformaciones en el discurso, en los noventa las cosas parecen haberse invertido.

La izquierda del sesenta fue enormemente creativa en el nivel de lo programático e ideológico, pero dejó muchos vacíos por llenar.

El problema actual es que ese discurso no ha sido modificado.

Antecedentes e Introducción

Desde su fundación, la izquierda marxista ecuatoriana nunca fue una sola, sino muchas; diferenciada en torno a su composición orgánica, a los enunciados de su discurso, a la forma de la participación política, a las percepciones respecto del sistema internacional. Si se toman en cuenta, además de los hechos generacionales, las grandes transformaciones en el terreno de las ideas y de las prácticas, y si se relacionan estos factores con sucesos puntuales que pueden ser vistos como hitos que condensan dichas diferencias, puede también concebirse que los momentos fundacionales de la izquierda marxista ecuatoriana

na hayan sido dos: durante la década de los veinte y de los sesenta. Ellos supusieron un cuestionamiento total de las formas de pensar y resumieron el debate de todos los determinantes ideológicos.

En los veinte se estructuró el socialismo como tendencia política autónoma en el escenario social ecuatoriano, pero no sería sino hasta 1931 en que, condicionados por la III Internacional, los izquierdistas se diferenciaron orgánicamente en dos grandes corrientes, representadas por los partidos Comunista y Socialista.

Del mismo modo, en los sesenta, la revolución cubana cuestionó a la vuelta de 30 años —mágica cifra que vuel-

ve a repetirse ahora— los roles de la izquierda, para poner en el centro de las prácticas políticas el tema de la revolución, al mismo tiempo que transformaba las formas de organización política y partidaria y catalizaba procesos de ruptura que ya habían estado germinando, sobre todo en la tendencia comunista.

Ese fue el origen de las corrientes maoístas y de insurgencias discursivas socialistas que provinieron de URJE. Estas vertientes ideológicas se han mantenido, con algunas variaciones, a lo largo de los últimos 30 años.

Asistimos ahora al impacto de un nuevo hecho internacional, la caída de los socialismos de Europa central, pero en condiciones diferentes.

La izquierda es un actor nacional y lo ha sido, entre otras causas, porque en los años sesenta el comunismo perdió su hegemonía ideológica, de modo que el efecto modificador que los acontecimientos europeos indudablemente tendrán sobre un actor que ha tenido tres décadas de adaptación, probablemente no tenga la profundidad de la conmoción de hace 30 años.

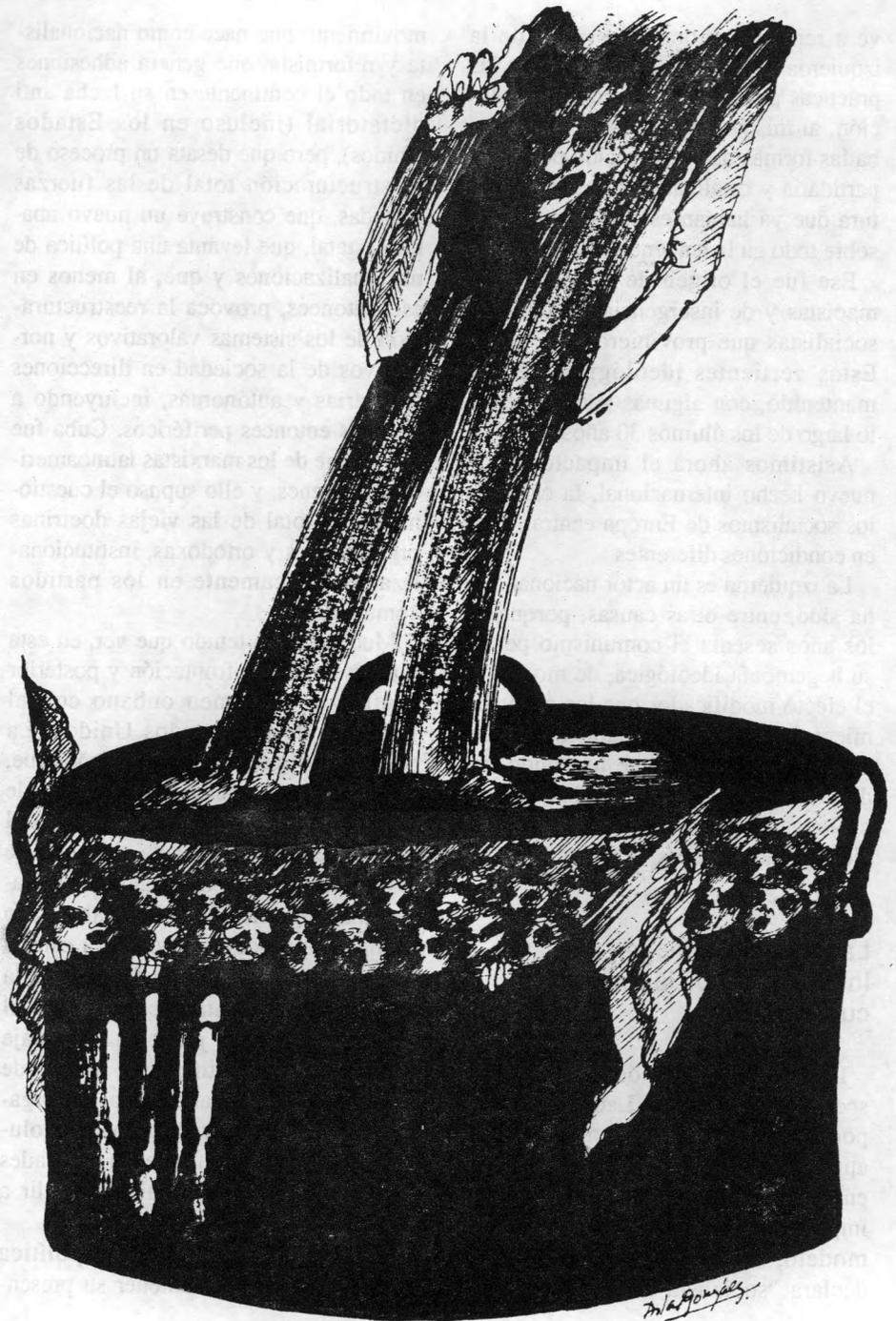
La nostálgica imagen no institucional de la revolución cubana

Las posibilidades de la revolución socialista en América Latina no habían podido tener una imagen corpórea y aprehensible. La revolución de Cuba, en cambio, fue una situación objetiva, impactante, cercana. Efectivamente ese modelo, en menos de dos años, se declara "socialista", dirigido por un

movimiento que nace como nacionalista y reformista, que genera adhesiones en todo el continente en su lucha anti dictatorial (incluso en los Estados Unidos), pero que desata un proceso de reestructuración total de las fuerzas armadas, que construye un nuevo aparato estatal, que levanta una política de nacionalizaciones y que, al menos en ese entonces, provoca la reestructuración de los sistemas valorativos y normativos de la sociedad en direcciones libertarias y autónomas, incluyendo a sectores entonces periféricos. Cuba fue el epítome de los marxistas latinoamericanos jóvenes, y ello supuso el cuestionamiento total de las viejas doctrinas organizativas y ortodoxas, institucionalizadas básicamente en los partidos comunistas.

Mucho habría tenido que ver, en esta dimensión, la confrontación y posterior ruptura del régimen cubano con el gobierno de los Estados Unidos. La posición beligerante de los isleños fue, sin duda, un elemento concentrador de adhesiones en torno al tema central del anti imperialismo, que ha sido una de las tradiciones marxistas latinoamericanas más significativas. Pero al mismo tiempo ese proceso sirvió para canalizar las contradicciones endógenas de la izquierda latinoamericana, pues al ponerse en tela de juicio el andamiaje valorativo y la justificación teórica de la política tradicional en todas las organizaciones que se reclamaban revolucionarias, las tensiones de las realidades singulares pudieron, finalmente salir a flote.

El objetivo exterior de la política cubana fue el de mantener su presen-



cia continental —de la cual fue excluida por la imposición estadounidense—. Esta política, que se fundamentaba en un código de valores (una cultura política) nueva en la historia latinoamericana, tuvo un impacto brutal en la normatividad y en el sistema de relaciones de todos los actores políticos del continente, pues el gobierno de Fidel Castro no reparó en intervenir abiertamente en otros Estados, bien sea apoyando logísticamente, incluso con pequeñas tropas, a los brotes insurgentes de los grupos que la emulaban y le eran solidarios. Esto golpeó terriblemente a las prácticas usuales de la izquierda latinoamericana, pues aunque la alianza cubana con la Unión Soviética en los primeros años permitió términos de autonomía a la política del Partido Comunista Cubano (PCC), por otra parte los partidos comunistas tradicionales, históricamente solidarios con Moscú, se vieron retados por una línea de apoyo a grupos radicales, "jacobinos", incluidos apostatas y herejes como los trotskistas y los maoístas, durante la época de mayor tensión entre la China y la Unión Soviética.

La revolución cubana había fracturado los paradigmas existentes y había recompuesto el escenario de las fuerzas de la izquierda marxista; se había producido un nuevo y claro fenómeno de diferenciación, un momento fundacional similar al de finales del veinte. La "Tricontinental" que originalmente fue pensada como una reunión mundial para la nueva izquierda en los países pobres, fue hegemonizada por los PC, a pesar de que asistieron organizaciones de la izquierda socialista radicalizada,

pero ya no fueron invitados ni los maoístas, ni los trotskistas. Los primeros terminarían siendo un actor importante, sobre todo en los países andinos, y los segundos retornarían al cauce que su vocación de minoría y pasión por la contradicción en el debate de los "fundamentos" más que de las prácticas, les otorgaba en planos originales del sistema político.

El comunismo

La crisis de la izquierda comunista en los sesenta y setenta estuvo dada por la incapacidad de responder al problema de la revolución, en tanto que esta corriente mantuvo prácticamente hasta 1978 los principios de la III Internacional, diseñados en 1928 para los países atrasados, de los cuales se desprendían los elementos para distinguir las clases sociales, fuerzas de la revolución, formas de organización, y toda la parafernalia de aquel catecismo político.

El PC fue un partido institucionalizado. Luego de los primeros años subsiguientes a la ruptura con el socialismo, en los que había levantado un lenguaje extremadamente radical, al igual que en el caso de los demás países latinoamericanos. El centro político internacional subordinó —de algún modo— a las políticas endógenas, a lo cual debe sumarse la poca flexibilidad de acción política que brindaba un discurso que, además de una visión de la realidad que se pretendía transformar, tenía la función principal de asegurar una cohesión interna; pero esto limitó el campo de acción a los actores sociales imagina-

dos en la teoría.

De ahí que si bien periférico a los convulsivos cambios en el sistema político ecuatoriano, fue muy importante en sectores sociales como el proletariado industrial o el campesinado susceptible de ser organizado. De hecho, este tipo de prácticas lo acercaron más a los principios pero le alejaron de las demandas del conjunto de la sociedad. Esta situación hizo del PC la fuerza política más homogénea de la formación social ecuatoriana, pero al mismo tiempo la más impermeable a las transformaciones, probablemente hasta la actualidad.

Durante los años setenta el PC logra el grado de influencia más grande que haya tenido en la sociedad. No es el hecho de haber apoyado indirectamente al gobierno de Rodríguez Lara*, sino que en un proceso autoritario de carácter institucional y con metas de modernización, como lo fue el planteado por el régimen de las Fuerzas Armadas, los espacios de la sociedad se restringieron al máximo en lo político, no así en lo social. El movimiento sindical, que era justamente uno de los actores que se promovió en términos estructurales por el proyecto militar, cobró una importancia creciente. El PC era, sin duda, históricamente, la fuerza mejor constituida de los trabajadores organizados, y se convirtió en un interlocutor válido. Esto no implicó, de otro lado, un cambio sensible en una política común a estas fuerzas en América Latina, que era la de ganar influencia mediante procesos de integración y no de destrucción.

La llegada al poder del Triunvirato* cambia, de algún modo, las reglas del juego, porque el objeto del régimen ya no era la transformación estructural modernizadora, sino la transformación de la institucionalidad estatal. Los actores sociales en esta segunda parte ya no habrían sido tan relevantes. Lo que en realidad ocurrió es que el movimiento social fue intencionalmente restringido, incluso en términos coercitivos (recuérdese AZTRA como caso paradigmático y simbólico), a fin de establecer las bases del nuevo manejo formal del Estado.

El PC levantó en 1978 una política de Frente Amplio y creó el FADI para remplazar a la UDP (parapeto legal fundado en 1968 para evitar la exclusión de su participación por causas ideológicas, lo que ocurrió con la ilegalización del PC por la Junta Militar de los sesenta, pese a que en 1963 había priorizado una línea electoral y no insurgente). El FADI representaba a la mayoría de fuerzas marxistas y logró la primera alianza histórica entre comunistas y radicales socialistas. Sin embargo, la capacidad hegemónica del PC y su expresión en políticas de fuerza al interior del frente terminarían por golpear el experimento a los pocos meses de su inauguración, relativamente exitosa, forzando la candidatura de Pedro Saad a la diputación nacional.

El proyecto, que se había legitimado por pocos meses como la representación unitaria de la izquierda marxista,

*Alfredo Poveda Burbano, Guillermo Durán Arcentales y Luis Leoro Franco, en nombre de las Fuerzas Armadas, depusieron a Rodríguez Lara el 11 de enero de 1976. N. del E.

*1972-1976. N. del E.

se deshizo. La segunda fuerza convocante, el PSRE, terminaría dividiéndose, y los otros grupos aliados, de los cuales el más importante era el MRIC (Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana), terminarían atrapados y perdiendo su identidad.

Las sucesivas intervenciones electorales del PC estuvieron marcadas por su consolidación como una minoría con derecho a representación en la nueva institucionalidad. Un éxito importante fue la elección del secretario general como diputado por Pichincha en 1986, lo cual le hizo cobrar presencia nacional. Este suceso habría estado mediado por la actividad de una facción que planteó nuevos retos discursivos a la vieja estructura, pero que, sobre todo, retó regionalmente al aparato orgánico, legitimándose en el hecho de que mientras los mejores resultados se obtenían en la Sierra, concretamente en Quito, el aparato estaba controlado por ineficientes políticos guayaquileños, que manejaban además la estructura de apoyo internacional, siempre muy importante en dicho partido.

El conflicto terminaría resolviéndose en la mejor tradición comunista con la expulsión en masa de la facción, la que se alejaría del discurso tradicional para embarcarse en un proyecto nacionalista de características policlasistas: el partido Liberación Nacional. La división, sumada al colapso del socialismo en Europa central, irradiaría a la vertiente comunista a la periferia de la adhesión electoral, que es pese a todo el momento más alto de expresión política en la sociedad ecuatoriana.

El socialismo

El Partido Socialista, hasta su disolución en los años sesenta, actúa usando los canales de participación institucional: Estado, elecciones, etc., y también los mecanismos no formales que configuran el sistema político previo a la reinstitucionalización de fines de los setenta: conspiraciones militares golpistas, por ejemplo. Es decir el socialismo infiltra las relaciones que conforman la dinámica política ecuatoriana, al mismo tiempo que es penetrado por ellas. Es un actor nacional, con los defectos del sistema, con las virtudes de su ideología contestaría. Sería, sin embargo, esta misma ductilidad lo que terminaría rompiendo su formación orgánica, inexistente ya en lo ideológico, cuando surge la segunda candidatura de Galo Plaza.

El reencuentro de las viejas y enfrentadas facciones en los ochenta, tras el Congreso de reunificación de 1982, en Riobamba, opera sobre una serie de identidades básicas que se continuaban manteniendo por encima de las contradicciones de los sesenta; entre ellas, el hecho de reclamarse marxistas sin ser comunistas. Ni en su fundación, ni en los sesenta, ni en su última etapa, el Partido Socialista ha mantenido una línea equiparable en homogeneidad a su viejo competidor.

En reencuentro de los ochenta confluyen tres troncos básicos del antiguo PSE, dos de ellos previamente unificados. El socialismo que había apoyado a Plaza, y una vertiente que nunca había llegado a proclamarse leninista, la cual en los sesenta tuvo que reproducirse

en listas de otros partidos, básicamente liberal y CFP, llamada "socialismo unificado". Esta corriente mantiene la legitimidad institucional de la estructura partidaria. Sin ella, el proyecto actual no podía haberse realizado jamás. A ella confluye el llamado PSRE, que se esconde del tronco original hacia 1962-63, asimilando el discurso cubano. Radical en su lenguaje a lo largo de los sesenta, en donde incluso plantea una formación insurgente, el "tercer frente"; en los setenta mantiene su discurso pero, al igual que toda la izquierda radical, se refugia en las universidades y algunos sindicatos, único espacio en el que la restricción de la sociedad política bajo un régimen autoritario permitía cierta participación. Irrelevante a lo largo de casi veinte años, en los ochenta regresa con la corriente histórica, engrosado por una joven generación, para hegemonizar el proceso contemporáneo de la izquierda.

Luego de varios fracasos electorales sucesivos desde 1978 hasta 1984, año en el que obtienen un solo diputado, los socialistas se convierten en 1986 en la fuerza más representativa de la izquierda marxista: su presencia electoral potencia su presencia social.

Los tiempos en que los militantes de nueva generación, que son en realidad recientes, resolvían el discurso maximalista radical a través de las elecciones de una representación estudiantil o sindical, han dado paso al manejo de los elementos políticos comunes de una organización inserta en el sistema político; la diversidad y ductilidad que fuera criticada durante veinte y cinco años por el leninismo representado

por el PSRE, parecen ser precisamente los méritos de una organización que ha demostrado capacidad de adaptación al sistema político, con todo lo que esto significa, entre otras cosas, la práctica de métodos patrimonialistas, la instauración de redes clientelares o caudillistas, lo cual no tiene connotaciones peyorativas, pues la reinserción de esta corriente se opera en un sistema político que se desenvuelve bajo condiciones estructurales de escasez y de dominación política.

Un elemento interesante es la presencia geográfica, que se expande desde la Sierra centro sur, representando intereses que no son precisamente los del sujeto histórico proclamado por los textos, el proletariado, sino mas bien una constelación de demandas en las cuales la forma ciudadano parece priorizarse en el discurso electoral a la de la clase social. De hecho, la representación social que confluye al partido desde sindicatos hasta medios estudiantiles, parece haberse disuelto en estos últimos diez años más bien en la representación política. Aún así, la fórmula de la vanguardia no ha desaparecido. De hecho, en el PS operan varios grupos orgánicos a pesar de prohibición estatutaria, que tienen una legitimidad propia fundamentada en el consenso, mecanismo usual en un conjunto de diversidades e intereses a veces dispares.

El punto de la expansión del socialismo, sin embargo, parece no ubicarse en la capacidad orgánica de estos grupos, sino en la capacidad de agregación y representación de intereses sociales que encuentran a la vía electoral como el instrumento más eficiente.



La ruptura maoísta

Otro ejemplo de la influencia externa en la constitución de identidades propias en la izquierda ecuatoriana, fue la ruptura entre la Unión Soviética y la China cuando, en un proceso interno del Partido Comunista, las disidencias pudieron emerger bajo la bandera del maoísmo, vehiculizando contradicciones previas que se referían a la disputa de hegemonías al interior del Partido.

Así, el maoísmo emergente asume la bandera de la revolución cubana, y se ampara en las doctrinas de Mao Tse Tung para legitimar su posterior salida de la vertiente principal, la cual quedaría concluida en 1964, cuando se funda el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), el que sobrevive hasta la presente década y sostiene al MPD.

Sin que sea solo una coincidencia, en los mismos años se producen fenómenos similares en toda América Latina.

La corriente maoísta rompe con el PC catalizando también diferencias regionales. Al igual que a fines de los ochenta, desde 1959 son evidentes las diferencias entre el Comité Central guayaquileño y el Comité Provincial de Pichincha, desde ese entonces más eficiente.

En una época de juegos de cálculo, de ganancias políticas exacerbadas ideológicamente en resultados de todo o nada, el maoísmo pudo catalizar dicha distancia a partir de un discurso que dentro del PC; motivado también por la revolución cubana, reclamaba la violencia como forma de participación política. La fundación del PCMLE es un

hecho endógeno y latinoamericano; la participación o no de infiltrados no sólo en sus nacientes filas, sino en las del viejo partido, es irrelevante frente a una situación política con varios años de gestación; dicha tesis es una forma incorrecta de acercarse a la realidad.

El caso es que el maoísmo nunca llega a ejecutar la violencia proclamada en todos sus textos, pero encuentra cabida en las universidades y en ellas se reproduce.

Este partido, que nace muy pequeño, a partir de las Facultades de Pedagogía adquirirá más tarde una gran influencia en la sociedad, a través del movimiento social de los maestros. Enfrentando en una lucha sin cuartel contra el PC, al que empieza a disputar todos los espacios, y contra el resto de la izquierda marxista, el PCMLE cobrará real importancia social también en los años setenta, como consecuencia de la restricción de espacios políticos en los otros planos de la sociedad.

Una campaña feroz de lucha ideológica contra sus competidores, sumada a una estructura orgánica agresiva y eficiente, posibilitarán la inserción nacional de este partido. En 1976, una feliz coincidencia hizo que controlasen las principales organizaciones laborales, estudiantiles y magisteriles de Pichincha, las mismas que en Congreso elaboraron un plan de gobierno, que más tarde sería el del nuevo partido MPD, fundado a imagen y semejanza y con los mismos propósitos que la UDP del PC. Esta organización no pudo participar en las elecciones presidenciales del 78, pero meses más tarde pudo elegir un diputado nacional; creció bas-

tante hacia 1982, pero desde entonces se ha mantenido estancado en el plano electoral, mientras que en materia de convocatoria a nuevas fuerzas sociales, no ha superado su tradición, y tampoco ha podido llevar adelante exitosamente ningún proyecto —pese a que han sido varios— de implantación en sectores laborales.

Con todo, el MPD es la fuerza orgánica más importante de la izquierda marxista hasta 1990, en que el socialismo alcanza su mayor votación. Su área de influencia ha sido disputada por el nuevo PSE, cuya presencia regional compite espacios geográficos.

El PCMLE tiene algunos momentos importantes de decisión. El punto de diferencia entre las prácticas ultraizquierdistas y la decisión de participar políticamente en los espacios del sistema en una dinámica de integración, parece encontrarse en la decisión de criticar, conjuntamente con una serie de organizaciones hermanas latinoamericanas, a la llamada "banda de los cuatro", luego de la muerte de Mao, y la solidaridad con Albania en contra del maofismo post mortem, durante los setenta.

Esto le ha dado una vocación nacional, aunque el radicalismo ha sido su identidad, probablemente también su limitación electoral y política. En todo caso, el apareamiento del PCMLE está ligado a la pérdida de representación social del PC. Es un partido nuevo de izquierda, cuyo impulso original estuvo, al igual que la ID o DP, fundamentado en la reinstitucionalización de 1978, que buscaba modernizar el sistema político.

El radicalismo y la Insurgencia

La guerrilla latinoamericana de los sesenta, por su parte, se convierte en el referente de grupos socialistas radicalizados, disidencias del propio PC y fracciones del viejo tronco socialista. Bajo el paraguas de una ideología latinoamericanista, enfatizando el rol de la lucha armada, y de la revolución socialista, no por etapas, se conforma una nueva vertiente representada por algunas organizaciones, de las cuales las más importantes en la época fueron el Partido Socialista Revolucionario (PSRE), que venía del antiguo PS; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), disidencia del PC, agrupada con filomaoístas y líderes estudiantiles radicalizados, y el movimiento Vencer o Morir (VM), organización clandestina que surgiría de activistas alguna vez vinculados al PC.

El espacio donde las nuevas vertientes se conforman es la Unión de Juventudes Revolucionarias Ecuatorianas (URJE), cuya historia esquemática es como sigue: como resultado de las tareas operativas de la campaña de Antonio Parra y Benjamín Carrión, en las elecciones de 1960, que fuera sostenida por los socialistas no vinculados con Plaza, por el PC y por CFP, el comunismo convoca a las otras organizaciones a estructurar un amplio movimiento juvenil que dé cabida a sectores no articulados orgánicamente con los partidos. A partir de este antecedente podría rastrearse una vertiente distinta, la de la izquierda radical con un discurso insurgente, que desarrolla algunas acciones simbólicas, sin mucha repre-

sentatividad política en los sesenta y en los setenta. El caso más significativo de los años petroleros es el MIR, organización que alcanza a tener dimensiones nacionales. Recuperando el discurso de cuanto grupo radical latinoamericano existiera, compite duramente el espacio estudiantil con el PCMLE, pero a diferencia de éste, el MIR es una organización integrada por jóvenes con una edad promedio del 17 años. Sus antecedentes lejanos (después de varias divisiones y de deserciones masivas, sus orígenes se remontan a 1966), más el discurso radicalizante y maximalista, le convirtieron en el espacio privilegiado para que el proyecto guerrillero de los 80 hiciera de él su principal fuente de alimentación orgánica.

La guerrilla del 80 nace, en realidad, 20 años antes. Hay una continuidad política y orgánica con las experiencias post URJE, con las bombas y secuestros aislados de los setenta. Un elemento definitorio, sin embargo, sería la presencia del M-19. Levantado al principio como un proyecto de retaguardia estratégica del grupo colombiano, los insurgentes ecuatorianos, de distintas procedencias, asumen tareas que fueron mucho más allá de los deseos de sus mentores. Esta insurgencia, tanto en su discurso, como en algunas de sus prácticas, acomete un distanciamiento real de la izquierda y específicamente del pensamiento marxista, que sería la piedra de toque para este análisis.

Todas sus versiones levantan proyectos nacionalistas de corte radical pero con programas básicamente liberales. El planteamiento de la lucha política en el terreno militar, asimilando la historia

colombiana a una realidad de una complejidad básicamente distinta, hizo que las adhesiones fueran ocasionales y que su derrota haya sido inevitable desde el principio. A pesar de haberse originado en la izquierda marxista, su vocación de apóstatas, y la distancia surgida con aquella por el hecho de que penetraron algunas organizaciones izquierdistas a fin de alimentar su militancia, les quitó el nexo más sólido que podían haber tenido con la sociedad política. La izquierda en su conjunto, si bien no rechazó explícitamente a la guerrilla, se distanció públicamente de ella y contribuyó a su aislamiento de la sociedad.

En los años estudiados, la izquierda marxista pasó de referentes bipolares (socialismo y comunismo) a una multiplicidad de interpretaciones de la teoría política. En cierto sentido se dio un proceso de apertura intelectual, de primavera, que no alcanzó a cuestionar los paradigmas básicos sobre los que se levantaba el orden de la Unión Soviética y de Europa central, pero que tampoco era lo mismo.

Hubo cierto tránsito de un marxismo dogmatizado hacia cauces novedosos, pero también fue una búsqueda de nuevos ejes totalizadores, prácticamente nuevos dogmas que reemplazaran a los obsoletos, pero ha sido época difícil en donde todo estuvo condicionado por el deber ser.

Las urgencias de lo concreto

Mientras que en la época en que Acuario emergía de la profundidad del tiempo, la izquierda, con todas las influencias señaladas, produjo enormes

transformaciones en el discurso, en los noventa las cosas parecen haberse invertido. La izquierda del sesenta fue enormemente creativa en el nivel de lo programático e ideológico, pero dejó muchos vacíos por llenar. El problema actual es que ese discurso no ha sido modificado, y que a pesar de que las prácticas de la izquierda contemporánea son diferentes, al contrario de lo que sucedió hace treinta años, no tienen un correlato en la producción de la creencia, que es también otra práctica social.

El discurso marxista ecuatoriano ha carecido de definiciones sobre el problema de la democracia. La retórica que libra el asunto planteado, que es un problema "formal", pues no reconoce formas sin contenidos, no llega a resolver un problema que siendo semántico, es político también.

El tópico no puede tratarse solamente desde visiones valorativas o ideologizadas, sino que tiene que ver con la reformulación del discurso hacia nuevas definiciones de la sociedad política.

La confrontación se localiza alrededor de los enunciados; se trata de superar las visiones instrumentalistas e hiperdeterminantes del estructuralismo (la economía lo condiciona todo, la política no es autónoma, las clases sociales son automáticamente actores políticos), de admitir la posibilidad de concebir al sistema político como un conjunto de relaciones de dominación en un momento histórico dado. Las prácticas políticas no son abstracciones, los modos de producción si lo son. Las condiciones para la construcción de una fuerza social que se adhiera al proyecto

del marxismo existen todavía, y ahí es importante volver a entender las viejas diferencias. Se trata de escoger, y también se trata de cambiar. La identidad común de toda la izquierda marxista es otra enunciación en ese sentido; si nos atenemos a las prácticas —y también a los discursos— las diferencias probablemente han sido mayores. El momento actual no se parece en nada al de hace treinta años, pero el punto es que al haberse transformado la sociedad mundial, precisamente en el nivel de lo político para incidir desde allí en lo estructural, la aprehensión de los mismos valores y cultura política de hace treinta años, podría significar sencillamente la desaparición de quien los asuma.

Cuba no es el referente anti-institucional de los sesenta, el llamado bloque socialista ha dejado de existir. Los referentes de orden externo se han transformado totalmente, esperan un correlato ideológico y discursivo.

El Ecuador, de otro lado, ha sido concebido como un conjunto de diversidades regionales, históricas productivas, culturales. No es la sociedad homogénea unida por la comunidad de relaciones de producción. El reto es comprender la participación política reconociendo esas diferencias; el reto es un discurso multidimensional, versátil, capaz de interpelar las demandas de la sociedad en sus necesidades concretas, más que en la imaginación del deber ser soñado...

Aunque los sueños también existen porque son un discurso paralelo y provienen de la propia realidad, y los mejores de todos son los fantásticos. •